

CATULLE MENDÈS
(1841-1909)



**EL CAMINO DEL
CORAZÓN**

Centenario de la muerte de Catulle Mendès

Título Original: *Le Chemin du coeur.*

Edición original: Paul Ollendorff. París. 1890

© Por la traducción: José M. Ramos González. Pontevedra, 2009. En exclusividad para
<http://www.iesxunqueira1.com/mendes>

EL CAMINO DEL CORAZÓN

I

Es una vieja costumbre muy conocida por todos los poetas (¡pues los poetas no ignoran nada!) que antes de recibir el Arco y las Flechas con las que encantará y desolará a los humanos, – antes de, como se diría, ser armado Caballero, Caballero de los tiernos Combates y las libertinas Búsquedas, – cada joven dios Amor debe salir victorioso de una prueba donde se valoran su sutilidad y su destreza en ejercer su cometido; ¿y quién es el juez que determina si triunfa o no? el real y ancestral Eros, saciado de presas y glorias, ebrio de sollozos e himeneos que, en la isla materna, entre la mirra amarga y dulce hecha de todas las desesperaciones y de todos los éxtasis, sueña sobre un trono de oro con sus cabellos color de rosa blanca, suavemente ondeados por el aire producido por el batir de alas de palomas. Magnífico y augusto, no obstante lánguido, y, – si los dioses mueren, – moría, aunque la multitud de los Deseos lo rodeara de alabanzas, aunque solícitas sirvientas, que son las diosas, le frotasen cada mañana todo el cuerpo con el exquisito sudor de los recientes lechos nupciales, y, bajo sus pies fríos, pusiesen, como agradables cojines, corazones de vírgenes ayer desgarrados. Pero cerca de él tiene, a medio florecer en un frágil ramillete, una gavanza silvestre, no rosa, no fragante; y, al ver esta ausencia de color, al respirar esa flor carente de perfume, sonrío y se reconforta.

II

El otro día, compareció ante el trono de oro, a fin de ser admitido a realizar la prueba, un joven chiquillo, hijo de un fauno de los bosquecillos de Sèvres y de una ninfa del bosque de Meudon; ambos se habían tropezado en el lindero y rodaron por la cuneta.

«Pequeño Amor, dijo el viejo Eros, no seré un Euristeo demasiado exigente; para merecer el Arco y las Flechas te bastará insinuarte en el corazón de una joven que, en el instante en el que hablo, sueña en una ciudad llamada París hojeando una novela del Sr. André Theuriet entre las adelfas del balcón.»

¡Semejante prueba parecía poco difícil! El hijo de un fauno y una ninfa, seguro de ser pronto armado Caballero de los tiernos Combates y las libertinas Búsquedas levantó

el vuelo con sus menudas alas de nieve rosada hacia la ciudad llamada París. Pero, sin duda, la tarea que se le había encomendado, a pesar de las apariencias, no dejó de ser bastante complicada; pues, transcurridas dos horas, regresó a la isla de Cítara, no con aspecto victorioso, sino con el gesto tímido y el rostro contrariado, como cuando uno se avergüenza.

III

Eros, sin poder evitar una sonrisa, preguntó:

–¿No has tenido éxito, pequeño Amor?

–¡Que desgracia! ¡qué desgracia! – dijo.

– Sin duda no has tomado la decisión adecuada.

–He hecho todo lo que había que hacer.

–¿Entonces qué ocurrió?

– Resultó que, – dijo el chiquillo,– con las alas apenas cerradas, semejante a una golondrina posada en el borde de un tejado, fui acercándome a saltitos. Vi a la damisela que leía una novela del Sr. André Theurite entre las adelfas del balcón. Pronto estuve muy cerca de ella, y, con una de mis plumas rozando el lugar donde late el corazón, murmuré dulcemente, dulcemente, siguiendo las lecciones que me enseñaron: «¡Eh! ¿qué haces en tu triste soledad, corazón desierto, corazón cerrado, igual que una fría flor de lis sin abeja? Estremécete, téplate, ábrete corazón virginal a fin de que te penetre y pueda regocijarte deliciosamente. No creáis, señorita, que vuestro único destino sea soñar en el balcón con vuestros castos ojos atentos a un libro más casto todavía. Hoy novios por las noches bajo la ventana, mientras los abuelos juegan a las cartas bajo las pequeñas tulipas de papel verde; ¡un joven os hablará de la bonita luna de miel en Italia o en España! y estaréis tan infinitamente emocionada con su voz que creeréis llevar con vos todo el amplio azul estremecedor de una mañana de abril.» Continué hablando así, como alguien que roza más que golpea, acariciando el querido lugar, el tierno lugar donde late el corazón. Pero ella, prosiguiendo su lectura, no me hizo caso; y no puede entrar.

Cuando muy contrito hubo acabado ese relato, los Deseos prorrumpieron en carcajadas, y las sirvientas de Eros, esas diosas debieron morderse los labios para no reventar; por lo común no eran en sus propios dientes en los que confiaban el cuidado de hacer más rojos sus coralinas bocas. El mismo, aunque augusto, viejo Eros se animó y dijo:

–Pequeño, eres realmente muy inocente y estás muy poco al corriente de las cosas para ser un Amor nacido de un fauno de los bosquecillos de Sèvres y de una ninfa del bosque de Meudon. Vamos, hay que reeducarte. Ninfa Erato, dejad de mirar un momento los menudos juegos de oro furtivo que un rayo de sol provoca en la nuca pelirroja de vuestra amiga, y, por favor, instruid a este pequeño Amor.

IV

Erato obedeció con mucho gusto; condujo al chiquillo detrás de una adelfa; entonces, allí, muy humillado él dijo:

–Ninfa, ¿acaso he cometido una falta grave?

–Debes saber,– dijo ella – que el camino hacia el corazón de las mujeres no es tan directo como parece.

–¡Cómo! ¿no debía dirigiere de entrada al corazón de esa damisela para insinuarme?

–Por supuesto que no.

- ¿No?
- Te digo que no.
- Tal vez debería haberme deslizado por... la oreja.
- De ningún modo.
- ¿Por los ojos?
- Para nada.
- ¿Por la nariz?
- ¡Vaya con el ignorante! – dijo ella.

Luego, inclinándose hacia él, le habló tan bajo que el menudo canto de su voz fue tan emotivo que hasta llegó a desunir el vuelo marital de dos mariposas blancas casi posadas en sus cabellos...

El joven Amor, tembloroso, de repente bajó los ojos con un rosetón en cada mejilla.

- ¡Oh! ¡vaya!
- ¡Sí!–dijo ella.
- Pero, ahí, ninfa Erato...
- ¿Qué?
- Ahí, se está...
- ¿Se está?...
- Muy lejos del corazón, ¿verdad?
- ¡Eh! no, pequeño tonto – dijo ella – ¡si te levantas un poco!...

Al escuchar estas palabras se produjo una divertida algarabía en la corte de Cítara. Aunque no hubiese pasado la prueba, el chiquillo recibió el Arco y las Flechas. Además en poco tiempo adquirió, gracias al ejemplo de los otros Amores, toda la ciencia necesaria; e hizo la delicia y el desastre de las almas, tan bien lo uno como lo otro.

ALERTAS

Dando un brinco sobre la cama, con la manos golpeando la olorosa y medio sombría atmósfera de la adúltera habitación, con los ojos desorbitados, los senos oscilando fuera del nido de las sedas, como perdidas torcaces de picos rosados, y tan pálida de miedo que sus cabellos rubios parecían más dorados, ella dijo:

- ¡Ludovic!
- ¿Eh?
- ¡Ludociv!
- ¿Qué?
- ¡Despierta!
- ¿Cómo?
- ¡Mi marido!
- ¡Venga ya!
- Te digo que sí.
- ¡Está en Marsella!
- Está en la escalera.
- ¡Rayos!
- Oigo sus pasos.
- Sí, alguien sube...
- Tiene llave, va a entrar.
- ¡Maldita sea!
- ¡Estoy perdida!
- Atranquemos la puerta.
- Es muy fuerte. La derribaría.
- ¡Ah! ¿es muy...?
- Escóndete bajo la cama.
- ¡Hortense! ¡de Paul de Kock!¹
- No es momento para hablar de literatura.
- ¿Y si huyese por la escalera de servicio?
- No hay.
- ¡Estos arquitectos!
- Vete para el balcón.

¹ Hortense es la protagonista de la novela de Paul de Kock, titulada *La femme, le mari et l'amant* (La esposa, el marido y el amante)

- ¿Un vodevil?
–O un drama, elige.
–¡Canastos!
–¡Está subiendo!
–¡De acuerdo! ¡al balcón!
–No olvides nada.
–No.
–Tu ropa está en la silla.
–¿Y mi sombrero?
–En el perchero al lado de la ventana.
–¡Ah! ¿y mis botines?
–Clementina los ha llevado.
–Eso es, descalzo sobre la piedra.
–¡Ah! ¡me matará!
–¡Mi pobre gatita! Pero...
–¡Qué!
–Ya no oigo nada.
–¿No lo oyes?...
–No, escucha, nada.
–Es que se ha detenido en el rellano del tercer piso para tomar aire.
–¿Es asmático?
–¡Eso no le impide ser celoso!
–Bueno, ya me voy.
–¡Mi pobre amigo!
–¡Diantre! está lloviendo.
–Es cierto que llueve.
–¡Pillaré una pulmonía!
–Salta a la calle y toma un coche.
–¿Saltar desde el cuarto?
–Hay albañiles que caen desde más alto y no es precisamente para salvar a una mujer.
–En fin, no puedo...
–¡Pues bien! mira allí, a la izquierda, ¿ves esos pequeños barrotes de hierro?
–Sí.
–Pasa por encima.
–Bueno.
–A continuación verás una ventana.
–¿Y si está cerrada?
–Golpea, llama sin hacer ruido: «¡Susana! ¡Susana! »
–¿Susana?
–Mi mejor amiga. Su habitación da al balcón. Le dirás que vas de mi parte. Le explicarás la razón. Susana te ocultará.
–Pero, si...
–¿Qué sucede ahora? Me muero de miedo.
–¿Y si ella no está sola?
–Todas mis amigas son mujeres honradas, señor, ¡cómo yo!
–Sí.
–¡Adiós!
–¡Adiós!

Ella cerró la contraventana y volvió a su cama esperando al esposo que se había detenido para tomar aliento sobre el rellano del tercero. Mientras tanto, Ludovic, en camisa blanca bajo el sombrero de copa, con un brazo agarrando sus ropas, saltó por encima de los barrotes y vio la ventana no cerrada todavía, – apenas era medianoches – y la empujó discretamente con la falange de su dedo índice.

–¿Susana?

Nadie respondió. Empujando más:

–¡Susana! ¡Señora Susana!

La cortina se abrió. Una blanca, sin duda de hombros, el lustre negro de una cabellera y una rosa que era una boca, lucían en el cristal. Pero la cortina cayó completamente.

–¡Señora! ¡Señora! Es Hortensia...

La ventana se entreabrió.

–¡Es Hortensia!...

–Quién me envía.

–Entonces entre, entre rápido.

Desde que puso el pie en la habitación, ella dijo:

–¡Oh! ¡señor!

–¿Qué sucede?

–¡Oh! ¡señor!

–¿Señora?

–¡Está usted en camisa!

Sin duda él estaba en camisa. Pero al mirarla:

–¡Usted también!

–Yo... yo estaba acostada...

–¿Acaso piensa que yo no lo estaba?

Ella quería mantenerse seria, pero no pudo. Ambos estallaron en carcajadas. Riendo de ese modo perdían un tiempo precioso que podrían emplear: Ludovic en vestirse y Susana en envolverse en una bata. Pero no se puede pensar en todo. Y, siempre riendo, Susana era exquisitamente bonita a causa de una boca de coral muy roja donde los pequeños dientes eran como granos de azabache blanco, a causa de los senos oscilando fuera del nido de sedas como perdidas torcaces de picos rosados. De modo que, mientras ella consideraba, no sin interés, a ese apuesto joven entrado por la ventana como si hubiese caído del cielo, Ludovic que, en su agradable sorpresa, había dejado caer sus sombrero y sus ropas, pensó que su penosa aventura tendría placenteras compensaciones si la amable vecina de su amante consintiese, en la habitación en penumbras, donde alumbraba un fuego claro, donde la cama allí se abría como una blanca promesa de nieve tibia, llegar hasta los más extremos deberes bien entendidos de la hospitalidad nocturna.

Pero de pronto:

–¡Señor!

–¿Eh?

–¡Señor!

–¿Qué?

–¡Váyase!

–¿Cómo dice?

–¡Mi amante está subiendo por la escalera!

–¡No!, ¡no!

–Le digo que sí.

–¡Oh, no!

- Oigo sus pasos.
–Alguien sube, en efecto, después de haber tomado aliento sobre el rellano del tercero, pero es...
–¡Mi amante!
–¡Eh! no, ¡el marido de Hortensia!
–¡Eh! sí, señor, el marido de Hortensia.
–¡Ah! ¡bah!
–Yo lo creía en Marsella...
–¿Y está en la escalera?
–Sí.
–No importa, puesto que va a junto su esposa.
–Él viene a mi casa.
–Muy fuerte en efecto, aunque asmático.
–Tiene la llave, va a entrar.
–¡Rayos!
–Huya.
–¡Al balcón!
–¿No se olvida nada?
–Nada...
–¿Sus ropas?
–Ya las tengo.
–¿Y su sombrero?
–Sobre mi cabeza.
–¡Vaya, vaya!
–¡Pero el chaparrón se ha intensificado!
–¡Eh! bien, cuélguese de la persiana...
–¿En la persiana?
–¡Trepe hasta el techo!...
–¿Hasta el techo?
–Justo encima de mi ventana verá la claraboya de una buhardilla...
–¿Y luego?
–Luego golpee. En esa buhardilla vive Clementina...
–¿La criada de Hortensia?
–Ella le abrirá y usted estará al abrigo.
–Pero...
–¡Ah! ¡márchese ya, márchese!

Ella cerró la contraventana y, mientras regresaba a su cama para esperar al amante que, a cada escalón, hacía alto para tomar aliento, Ludovic, en camisa blanca bajo el sombrero de copa, con un brazo agarrando sus ropas, alcanzó con su mano derecha la persiana, se levantó, hábil gimnastas, alcanzó el canalón, subió más todavía y se sentó ante la claraboya.

- ¡Clementina!
–¿Quién está ahí?
–Soy yo, ¡ábreme aprisa!
–¡Señor Ludovic!

Saltó dentro de la buhardilla, que estaba mal iluminada por una vela. Lo invadió un buen olor de carnes sanas, pues Clementina, antes campesina, mezclaba con los delicados olores de polvos de arroz el fresco aroma de sus robustos y rosados veinte años. Fuera de la camisa gris sobresalía la dura curvatura del pecho. ¡Ninguna vacilación! frío por la lluvia y caliente por los deseos exacerbados, Ludovic deseo

acostarse donde abrazaría a esa hermosa muchacha. La agarró, la transportó, la tendió sobre las sabanas y se acercó a ella, la abrazó, estupefacta y radiante, bajo las tibias coberturas. En suma iba a ser un feliz fin de aventura con un beso de hermosa criada.

Pero de repente:

–¡Rápido! ¡rápido!

–¡Eh!

–¡Rápido!

–¿Qué?

–¡Tiene que irse!

–¿Qué te ocurre?

–¡Tiene que irse!

–¿Por qué?

–¡El señor sube!

–¿El señor?

–Sí.

–¿El marido de tu ama?

–Sí.

–¿El amante de la Señora Susana?

–Sí.

–¿Y en que te afecta eso?

–¡Claro que me afecta!

–Él va a casa de una o de la otra.

–No del todo.

–¡Vamos pues!

–Él les ha dicho...

–Ya sé... que iba a Marsella...

–Y es a mí a quién viene a ver.

Entonces Ludovic se levantó, tranquilo. Lleno de admiración por un hombre que, aunque asmático, tiene derechos señoriales sobre las camas de tres jóvenes mujeres, reconociendo que lucharía en vano contra el ineluctable destino, profirió con seriedad: «No añadas ni una palabra. Es inútil. No me digas que estarás perdida y me encuentras aquí. No me preguntes si me olvido algo o si tengo todas mis ropas o mi sombrero. Esas preocupaciones no tendrían nada nuevo para mí. Ni siquiera me indiques sobre que intervalo de chimeneas sobre el tejado, donde una tierna gata me acogería con sus maullidos y me calentaría con sus caricias; pues aquél que, por la voluntad de la suerte, me obliga a incesantes desplazamientos, pronto vendrá, bajo la forma de un gato a arrojarme de mi supremo asilo.» Luego, salio de la buhardilla por la claraboya y se sentó al borde del tejado, estremecido bajo la lluvia y resignado.

Pero transcurrido apenas un minuto, se abrieron a la vez la claraboya de la buhardilla y las dos ventanas del balcón; y, todas a la vez: «¿Señor? ¿Ludovic? ¿Señor?» llamaron las tres mujeres. Pues Hortensia y Susana, cada una desde su habitación, habían oído los pasos del hombre alejarse del rellano del cuarto piso; y Clementina, con la oreja pegada a la puerta, los había oído dirigirse hacia el fondo del corredor; las tres estaban equivocadas; aquél que ellas habían creído reconocer el paso, era algún criado regresando a su ático; y tres jóvenes cabezas se asomaban en la noche buscando a Ludovic.

Es cierto que nunca hay que desesperar, incluso a la hora en la parecen encarnizarse con nosotros las persecuciones sutiles de la peor especie.

Toda esa mala suerte nocturna se acabó del modo más feliz. Mientras el marido viajaba hacia Marsella, Ludovic come las sobras de la cena familiar en un comedor bien

iluminado y bien cerrado, en compañía de Hortensia y Susana; para agradecerle la hospitalidad ofrecida, Hortensia invitó a Susana a esta amistosa comida. Y fue un desenlace no menos honesto que agradable. Pues las dos amigas, con los labios apenas mojados por el recuerdo de un deseo y de una espuma de vino ligero, llevan, muy castas, junto a Ludovic ya vestido, unas batas que les cubren hasta el cuello; y, atenta a los menores deseos de los invitados, Clementina los sirve con una modestia discreta...

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

